

El pálido violeta con que tiño
mi pobre verso es la melancolía
de alegre juventud que fuera un día
blanda cera en tus manos, blanco armiño.

De tí aprendió a buscar, estremecida,
las más puras esencias de la vida.
No formaste cerebros de erudito,
desván de fichas y conceptos muertos,
sino anchos corazones siempre abiertos
a la emoción astral del infinito.

EL ARTISTA

Campos, nostalgia, honor, romanticismo
canta tu hidalga prosa en rica gama.
Para el que siente, sufre, espera y ama
pluma, lira o pincel, todo es lo mismo.

Valle Inclán extremeño, el erotismo
en que a sus hembras lívidas inflama
el viejo Bradomín, truecas tú en llama
de limpio amor, frontero al misticismo.

Montevirgen, Purita, Magdalena...
mujeres, heroínas, vuestra pena
deslfe en las horas lentas del camino
dulce aroma sutil de eternidades,
cadáver de una rosa de «saudades»
guardado en un vargueño florentino.

EL HOMBRE Y SU CIUDAD

De noche, fiel amante de la ciudad dormida,
cruzas sus rúas angostas de tradición moruna
oyendo serenatas de claveles y luna,
tu airosa capa al viento y el alma estremecida.

Sus sonrisas, sus brazos, las gemas de la vida,
como una cortesana, te brindó la Fortuna...
Rendirte a sus encantos pensabas que era una
torva traición sin nombre a tu Ciudad querida,

No supiste arrastrarte, ni vestir colorines
en la aplaudida farsa que, en sucio chalaneo.
honra a Polichinela y encumbra a los Crispines.

Caballero y artista, siempre dijiste «creo»
alto y claro, a despecho de las voces ruines,
cuando para ser «algo» había que ser «ateo»

Divagaciones de un lector con sueño, en torno a «LOS SEXOS, EL AMOR Y LA HISTORIA», de Pedro Caba

X

LA MUERTE DE SÓCRATES

Es preciso conocer el momento en que un hombre escribe para saber lo que quiere decir, cuando creemos que lo que dice es lo que su modo de sentir le dicta. Solamente de esta manera pudiéramos explicarnos que Caba haya escrito un subcapítulo que titula, con claro divorcio de su contenido: «Gravedad y humanidad en Sócrates», y del que le suponemos repetidamente arrepentido.

Y no porque llame al gran hablador, con ese freno suelto que Caba tiene para los adjetivos, «bovino», «rumiante» y «baboso»—oh, manes de Max Nordau—, sino porque asegura que el hombre de verdad muere llorando, gritando, rebelándose o blasfemando.

¿En qué ocasiones?

Sócrates, condenado a beber la cicuta, no puede morir sino de la elegante manera que lo hace. Todo condenado a muerte lleva la convicción de que, tanto física como espiritualmente, es mucho más fuerte que quienes le condenan. Y, a poco que pueda ejercer un mínimo control sobre sí, ha de dar ejemplo de su fortaleza, escupiéndolo el mejor desprecio a sus verdugos: una sonrisa.

Sócrates no tiene por qué gritar cuando va a morir. Sobre que quiere dejar sentada la manera de cómo ha de morir un filósofo, ya que es el primero a quienes los hombres condenan a muerte, le regodea ver que aquellos atenienses que han usurpado el poder y convierten en verdad una calumnia se ha'lan, a su vez, condenados por la Naturaleza. Y muere, claro está, con la entereza de quien se sabe condenado por los que son inferiores a él. Morir injustamente ¿doloroso? Puede. ¿Indignante? Pero no para mostrar la indignación a la vista de quienes se alegrarían de ella. Y, por ésto, Sócrates, cuando su mujer—¿Jantipa?, ¿Mirto? No está claro cuál fué la primera ni cuál la segunda, ni si las dos a un tiempo mismo—le dice que va a morir injustamente, le responde: «¿Quisieras acaso tú que mi muerte fuera justa?».

Y, en este caso, sí; el llanto, la exclamación, como arrepentimiento de aquella causa que le lleva a la muerte.

Pero en ese hombre, al que Caba niega toda humanidad, que en la expedición de Anfípolis, después de librar a Jenofonte, que había caído del caballo, se retira de la batalla dada junto a Delio a paso lento, mirando con disimulo hacia atrás, para defenderse de cual-

quiera que intentase acometerlo, mientras que los demás atenienses huían, no cabe temor alguno ante la muerte. Y no tiene por qué maldecir ni llorar.

¿Se entrega a ella como lo hace por ganarse la gloria con ese gesto? ¡No! La gloria le ha salido al paso muchas veces, y la ha regalado magnánimamente. En la expedición naval de Potidea, la Pinaca calcídica de hoy, está toda la noche en una misma posición, lucha, vence, consigue la victoria, pero la cede voluntariamente a Alcibíades. La gloria ya le acompañaba mucho tiempo durante su viaje por la vida y no tiene que buscarla a la hora de la muerte. Aunque muere tan ejemplar, pese a Caba, la reafirmase.

No valen los ejemplos que nos pone de Cristo y Prometeo. El retorcimiento de músculos, los gritos, las lamentaciones, no vienen de la proximidad de su final, sino del dolor físico que el enclavamiento o el ser despedazado por el buitre producen. Y, aunque el espíritu sea fuerte, la carne tiene sus debilidades. Aun en el Hijo de Dios.

Pero hagamos, sucintamente, una comparación entre lo que dice Caba y lo que de Sócrates sabemos:

Caba: «El Sócrates histórico que conocemos es un ser unilateral, incompleto, de muy escasa humanidad».

Diógenes Laercio: «Habiendo mandado Cricias y demás jueces traer a Leonte de Salamina, hombre opulento, para quitarle la vida, nunca Sócrates convino en ello; y de los diez capitanes de la armada fué él solo quien absolvió a Leonte».

Y sigue Diógenes: «Propuso a Critón rescatar a Fedón, que hallándose cautivo se veía obligado a ganar el sustento por medios indecentes».

¿Se quieren más pruebas de humanidad? Pues, habiéndole dicho Esquines:—Soy pobre; nada más tengo que mi persona; me doy todo a vos, respondió:—¿Has advertido cuán grande es la dádiva que me haces?

Así sabía apreciar el valor hombre.

«Apenas sabemos si tuvo hijos», dice Caba.

Y Aristóteles: «Hubo, con Jantipa, a Lamprocles; con Mirto, a Sofronisco y a Menexeno».

Y, ¡qué le vamos a hacer!, si esto es una apología, pechemos con lo de, ya que no «intelectualitos», porque, aun con el diminutivo, resultaría pretencioso, «hilanderos de ideas neutras».

XI

TEORÍA DEL SUICIDIO

Ese subcapítulo «El suicidio y lo demoníaco» es de lo más perfecto, y muy graciosa y subyugadora la teoría de que a los suicidas debiera llamárseles, mejor, altercidas, porque lo que quieren es matar al otro que hay en ellos.

Aunque esta teoría, claro está, no la compartan los muchos que han exaltado el suicidio, los que aun sostienen que es la suprema valentía del hombre. Shakespeare llamó al suicidio «la gran acción

humana». Epicuro recomendó: «Bebe tu muerte, que no es otra cosa que la felicidad del reposo». Y Séneca, de tan recia influencia en los escritores españoles, sentenció: «El suicidio es el acto enérgico en cuya virtud tomamos posesión de nosotros mismos; nos libramos de inevitables servidumbres y solemnemente proclamamos nuestra libertad enfrente de la humanidad». Schopenhauer reivindica para el individuo la libre disposición de su existencia, y Gómez de la Serna, que califica al suicidio de categoría superior, dice que es una liberación voluntaria de lo más perfecto que se puede conocer.

Yo quiero decir sólo unas palabras sobre ello. Entiendo que, en cualquier momento, y bajo cualquier circunstancia, el suicidio supone ni más ni menos que una gran cobardía. No otro calificativo que el de cobardes merecen los que se escapan a la vida por haber fracasado o arruinándose en sus negocios. Y aun en los que los panegiristas del suicidio han dado en llamar suicidas perfectos, que son aquellos que se suicidan porque sí, por gusto de hacerlo, hay, si no cobardía, sí un gran egoísmo. Por deseo de liberarse de lo que les es enojoso, molesto o lleno de tedio, o por experimentar el placer de eliminarse por sí en el momento por ellos escogido, no piensan en el dolor que producen a los suyos; en la vergüenza a que les someten en tanto que el recuerdo de la abominable acción perdura.

Y un leve reparo a la teoría de Caba. El suicidio queda condenado. Es inadmisibles aun en el caso de que el hombre se elimine por sí o porque sí, esto es, porque le viene en gana. Pero es aún más inadmisibles, cuando el suicida se convierte en altercida. Ya no es el acto desesperado, ni el acto voluntario. No es el hombre que se elimina por una razón u otra. Es un homicidio cometido en nuestra misma persona, por ese simple azar de que en nosotros vive aquél a quien tratamos de eliminar. Y esto sí que es punible.

XII y último

...Y UNAS NOTAS MÁS

Y ya, como estas divagaciones se van extendiendo más de lo que yo hubiese querido—el libro necesitaría otro para ser examinado—, vamos a tratar, sumariamente, algunas cuestiones más.

EL ALCOHOLISMO.—«Ningún varón, desde su varonía, ninguna mujer, desde su feminidad, se entregan al alcoholismo, que es vicio de intersexuales».

No diremos tanto. Tal vez darse al vicio del alcohol como «una necesidad», desde el punto de vista del interesado no tenga nada que ver con el grado de capacidad sexual de la víctima de ese vicio.

El ser equidistantes entre uno u otro sexo, cuando están ganados por «la necesidad» de vicio, quizá no sea ése el que más les atenace. Pero, de todas maneras, él o la que se deja ganar por la embriaguez, si lo hace por gusto, sin un motivo fundamental, es una piltrafa; si una desgracia, un rudo golpe, el imperativo de tener que refugiarse en un estado de semiinconsciencia para huir de su dolor le obliga, demuestra que su espíritu es tan débil que, sólo por sí, no puede

vivir. Le falta un complemento: otra persona, un amor, o la ilusión fingida que el alcohol o los estupefacientes le prestan.

Y lo malo, en este caso, para el que, además, es un poco cínico, es que autoridades como Salomón, Homero, Cervantes, Hugo, Dumas, Pasteur, Brillat-Savarin, etc., diciendo bien del vino, le han dado argumentos con que defenderse de los ataques de los demás.

PSICOSIS POSTGUERRERA.—«Por eso, de las guerras, los pueblos sacan la convicción de que salen más masculinizados».

Hemos de entender masculinidad por ferocidad. Tanto la mujer como el hombre tienen a gala referir los hechos que cometieron o que vieron perpetrar. Aquellos mismos, o superiores, que mañana, cuando el móvil sea el odio, la embriaguez o los celos, les arranquen las más escandalizadas exclamaciones de indignación, los que han de convocarlos en corrillos comadros para espeluznarse con los detalles imaginados. ¿Es que la mujer, entonces, se varoniza? ¡No!

Hemos de dejar a la masculinidad en su justo valor humano. Y hemos de decir, más exactamente, que, de las guerras, los pueblos salen más animalizados. La borrachera de sangre impide recoger los delicados matices de la desgracia, y cuando antes nos hemos compadecido de un niño aterido de orfandad, más que de frío, mostrándonos cárdenas desnudeces por las ventanas de sus andrajos, y su falta de nutrición por sus esquinadas curvas, ahora, recién salidos de la guerra, ese mismo horrible cuadro es un lenitivo para nuestros ojos, desorbitados de horrores. Nuestra sensibilidad se ha embotado, y el más agudo dolor no produce rasguños en ella. O bien, si trata de despertar, nuestros sentimientos rebeldes, alertados por un grito de recuerdos, de recientes sufrimientos, de dolores propios, de padecimientos fraternales, de irremplazables pérdidas, de sufridas injusticias, ahogan nuestro humano impulso. Y esto igual en la mujer.

No es que nos hemos masculinizado. Es que nuestra capacidad de percibir ha sido muerta, y nuestra raíz sensible no da brotes de caridad. Hasta que el tiempo nos remansa.

LIGEREZA ADJETIVAL.—Ya señalamos que, para suministrar adjetivos, Caba se mostraba hartamente pródigo, y que sus audacias más estaban en el modo de expresarse al calificar a los hombres que en oponerse a sus ideas. Y, así, al hablar de Scheler y de su actitud respecto a la relación de la vida y el espíritu, califica: «... da esta razón un poco tonta: *pero porque la rosa no puede reducirse a los procesos ciegos e inorgánicos de la tierra podrida de que se nutre, no hemos de concluir que la rosa no es «flor de la tierra».* Y continúa. «Y aún sigue Scheler bobeando».

Con que ¿tontas y bobas las razones?. No hay que ser tan radicales. Sobre todo cuando unas líneas más adelante uno haya de dejar caer: «... del mismo modo que la flor no es, como ser y esencia, el terrazgo estercolario de que se alimenta, así el espíritu no es la vida ciega y bruta de que se fecunda; la fragancia y la gracia de la flor nada deben a lo inorgánico del terreno de que la flor se toma, pues es puro milagro y maravilla que de tal materia sorda e informe

haya podido la flor crearse, pero no digamos que esa flor no brota en la tierra».

¿Tonta aquella razón? Pues ¿por qué la aprovechamos para filosofar luego con ella como base? Tonta, no; ingenua, pero como es ingenuo todo aquello que, por sencillo, nos oculta un poco su indiscutible verdad y su innegable belleza.

Y, POR FIN, DOS PALABRAS SOBRE EL LIBRO.—El libro, del que pudiéramos decir, en lenguaje de su autor, que es un pastizal de metáforas, aunque jugoso todo él, se nos va cuajando página a página y, así, aquellas más logradas son las del capítulo XIII, en que cada ensayo alcanza una superior etapa de granazón, hasta dárse-nos plenamente la sensación de libro al que hemos de asomarnos muchas veces.

¿Será picardía de escritor? ¿Será que, como el volumen acaba, quiere dejarnos el regusto de una invitación a abrir el segundo? Hay que esperar, para decir.

Y, en tanto, termine aquí el provisional juicio. (1)

CÁSTULO CARRASCO



(1) Termina aquí uno de los ocho ensayos que forman el libro, de próxima aparición, *Tres españoles. y algunos más*, y en el que, aparte de este extremeño, del que ya puede enorgullecerse su patria chica, desfilarán José Ingenieros, Napoleón, Jack London, Zorrilla, Goethe, Oscar Wilde y Unamuno, y en el que lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso de las teorías de cada uno queda diseccionado y discutido.

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte. (Pendiente de publicación el 2.º tomo), y
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.